

## **Sobre campos discursivos y campos de fuerza en la formación nacional. Diálogo con Guillermo Bustos**

*Discursive fields and force fields in nation building.  
A dialogue with Guillermo Bustos*

*Sobre campos discursivos e campos de força na formação nacional.  
Diálogo com Guillermo Bustos*

**Valeria Coronel**

*Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Ecuador (FLACSO Ecuador)*

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i49.738>

Guillermo Bustos se destaca dentro de una generación llamada a hacer su propio aporte a la investigación histórica con esta obra que en su diseño de investigación muestra un proceso de reflexión maduro sobre los debates teóricos de finales del siglo XX, en torno al lenguaje y las prácticas de representación/representación de las prácticas en historia cultural y que retorna a interrogantes clave de la agenda de la historia social latinoamericana al abordar el problema de lo nacional. El libro se interroga sobre la relación entre la producción discursiva del imaginario nacional y su apropiación social hasta constituir un proceso identitario.

El autor toma distancia del determinismo económico que tuvo tanto peso en una buena parte de la historiografía ecuatoriana para, en su lugar, mapear la autonomía relativa del campo cultural y analizar las relaciones productoras de identidades en el mismo. Conecta campos discursivos con campos retóricos para destacar la matriz de una operación performativa del lenguaje. Desde la historia cultural, Bustos hace un análisis del proceso de formación del campo historiográfico ecuatoriano en un período de formación nacional dentro del cual, bajo ciertas operaciones discursivas y en un proceso de formación institucional del campo historiográfico, se generan factores que inciden en un tipo de identidad nacional. Tienen lugar empresas editoriales, un modo de ordenar

y coleccionar la huella histórica, un modo de codificación del ritual y la fiesta cívica, así como identificaciones subjetivas en torno a la nación.

La obra incluye un estudio del discurso nacional en un momento específico dentro del proceso de delimitación del campo historiográfico. Así, aborda los fundamentos conceptuales de la profesionalización, y la construcción institucional como un proceso que irrumpe, modifica, madura y se consolida en proyectos editoriales e incursiones de las instituciones en el campo social. Tal historia incluye análisis de los giros conceptuales y temáticos que surgen de la interlocución entre distintos campos del saber en formación. La obra aborda los mecanismos y las mediaciones de este proceso. Entre estos aparecen publicaciones, acuerdos institucionales, puentes entre la Academia Nacional de Historia y los municipios, a través de los cuales el discurso historiográfico alimenta la política pública y la participación de actores institucionales y sociales en escenarios de conmemoración cívica. El trabajo habla de coyunturas, fechas cívicas surgidas de procesos de desglose y olvido que marcaron el discurso público y promovieron la confluencia y la manifestación sociales, y pusieron a actuar a ciertos actores bajo bien codificadas estructuras de representación.

El autor destaca la capacidad de la intelectualidad conservadora para integrar el discurso republicano dentro del moderno catolicismo y del hispanismo, y, en un giro que considera como un éxito cultural del conservadurismo, su predominio en la visión de lo nacional ecuatoriano. Una rica reconstrucción histórica sobre los emprendimientos del conservadurismo respalda su tesis para caracterizar casi cien años de disputa política.

Influido por la maestra en historia social de la política Rebecca Scott, entre otros legados del marxismo que son del oficio del historiador latinoamericano, el estudio encierra una tensión permanente (que acaso no es de su responsabilidad resolver) entre la pregunta por los dispositivos discursivos y performáticos de los campos del saber y la conflictividad social que da sentido a la disputa cultural.

El autor se pronuncia en el sentido de que una “batalla cultural” en la que se fagocitan las grandes corrientes ideológicas culmina en el predominio conservador. La corriente católica logró apropiarse de las figuras de la república incluyéndolas en su panteón en lugar de hacer un rechazo fundamentalista de las corrientes globales y regionales del republicanismo, este es un eje de su argumento. En este sentido, el autor revé un período histórico que ha sido abordado una y otra vez por toda obra historiográfica o de sociología histórica interesada en adelantar una posición sobre cuál ha sido el proceso predominante en la formación del Estado nacional y de su sociedad civil (en todas sus expresiones).

Consecuente con el estudio de la etapa clave de formación de mediados del siglo XIX a mediados del siglo XX, la obra responde al deber de ofrecer una

periodización de los distintos ciclos significativos y una hipótesis en torno a cuáles fueron las fuerzas predominantes que marcaron el derrotero de la conflictiva historia nacional. A lo largo de su obra, Guillermo argumenta en torno a la siguiente propuesta: en el marco de las batallas culturales, el orden católico se impuso sobre el principio secularizador en el imaginario nacional. En este sentido, en el marco de la historia comparada de América Latina, la tesis de Guillermo Bustos coincide con la tesis de un predominio de la modernización desde arriba en el proceso ecuatoriano. Triunfa un pacto entre los dos partidos históricos que toman forma durante el *progresismo* donde se observa el liderazgo intelectual del moderno conservadurismo y, por tanto, orienta la corriente predominante en la transición histórica, una que derrota de manera definitiva tanto al ultraísmo como al programa de inclusión interclasista del partido liberal, especialmente el radicalismo, el cual en consecuencia no impone su visión de lo nacional entre sus afines. Es el hispanismo el que predomina.

El texto otorga un carácter de fuerza social de primer orden a las operaciones discursivas académicas sobre el campo de la conflictividad social. Así, traza tensiones o posiciones antagónicas en el discurso pero también delinea en cada capítulo cómo se resuelven tales tensiones en el predominio de determinadas posiciones intelectuales que, en su concepto, se acumulan en un sustrato común: el “ethos patriótico”. En su interpretación, los cambios en el género discursivo –como por ejemplo giros estéticos y académicos de origen internacional con ricas expresiones y respuestas locales– son asumidos por intelectuales que renuevan el discurso dominante. Por lo tanto, en la obra se propone que los grandes autores, aquellos que logran propuestas intelectuales complejas, verdaderas obras comprensivas de la historia nacional, acompañados de poder profesional institucional y mediático, son los actores exitosos en organizar identidades y codificar los espacios de la retórica y la memoria nacional.

En el análisis, el conservadurismo predomina por el éxito que tiene en la formación del campo historiográfico. En cambio, por falta de peso en tales términos, el estudio de la trayectoria del liberalismo y de la izquierda en el campo intelectual recibe menos atención. Esto se justifica si hablamos exclusivamente de historiografía, pero no es completamente convincente si hablamos de identidad nacional, y si exploramos en esta construcción otros campos discursivos. El éxito historiográfico del conservadurismo podría ser contrastado con el éxito del discurso liberal en los campos jurídico, educativo, y literario; otro tanto podríamos decir de la intelectualidad de izquierda en otros escenarios culturales en la década de 1930, así como su incidencia en ámbito de las identidades populares, siempre asociadas a visiones en disputa sobre lo nacional y lo popular en lo nacional.

En respuesta a la rica obra de Guillermo Bustos será indispensable hacer una reflexión sobre el campo político como campo de disputa cultural.

Una visión unitaria o una solución en síntesis intelectual de las tensiones discursivas no resuelve ni el problema nacional ni el de las identidades. Los discursos antagónicos atraviesan la propia división de campos del saber. Estos antagonismos políticos no son relaciones simétricas dentro de un mismo campo, el conservadurismo tiene mayor peso en el discurso historiográfico, pero en el militar y territorial predomina, probablemente, el republicano.

En el desarrollo del discurso indigenista, y en el de los derechos sociales que sin duda impulsan un discurso sobre la nación desde la intelectualidad hacia la sociedad civil, el liberalismo y las izquierdas tienen un peso indudable. Y en el ámbito de la producción literaria y artística que ocupó la imprenta liberal y de las izquierdas, en la “prensa chica” de los círculos sociales de la que habló Alfredo Llerena, ¿no tenemos otra fuente identitaria con otro tipo de discurso, construido en antagonismo a la visión hispanista? En diálogo con esta obra, constituye todo un reto encontrar la matriz del desarrollo jurídico liberal y del derecho social cultivado por la intelectualidad de izquierda en el Ecuador, en un momento de clara influencia en la construcción institucional del Estado y cuando se abrieron canales para la formación de identidades entre clases medias y populares que apelaban al discurso público sobre la nación en litigios y representaciones del conflicto cotidiano.

¿Por qué existe un cuestionamiento a la hacienda y a la violencia patriarcal en las décadas de la crisis de los años 1920-30 que es acogida por la clase media y que logra en ambos sectores reconstituir la memoria del liberalismo como matriz de una izquierda que concibe visiones plebeyas de lo nacional? ¿Dónde están sus resortes institucionales, sus empresas editoriales, sus experimentos y su capacidad de incidir en el sentido de las fiestas cívicas? Con el modelo que Guillermo Bustos diseñó para conocer la historiografía predominante y el impacto de su discurso nacional, podemos también estudiar sus antagonistas. Debemos incluir en la agenda de investigación una serie de aspectos, empezando por el modo en que se institucionalizó el discurso nacional que acompañó a las guerras conducidas por el radicalismo, pasando por la propaganda liberal desde sus imprentas y representaciones cívicas en los años de su predominio estatal, hasta el indigenismo y el trabajo de las izquierdas en la construcción cultural de otra idea de nación que fuese movilizadora en lo social.

Como complemento al trabajo propuesto por Bustos, tendremos que estudiar también el peso de las identidades políticas en distintos campos discursivos de poderosa incidencia social; observar cómo se distribuyen las distintas tendencias partidistas dentro de los distintos campos del saber y campos culturales donde se representan de manera contradictoria la nación y su pertenencia, que comporta derechos. Así mismo, tendremos que observar el clivaje regional de esta idea, en relación con la hegemonía que opera sobre la identidad política de la sociedad civil en distintos territorios. La idea

de nación se nutre de la memoria que los actores locales tienen de su participación en acciones colectivas y usos del derecho amparados por una u otra tendencia y narrada por sus intelectuales.

Guillermo Bustos hace una intervención clave en la historiografía ecuatoriana y exige repensar la periodización en el proceso de formación nacional, incluyendo no solo la temporalidad de campos diversos y articulados que toman forma en la modernidad, sino también las concepciones del tiempo y la identidad de sus actores. En ello está uno de sus grandes aportes; también lo es la exigencia que esta obra impone a sus lectores: trabajar en el peso relativo de diversos campos de formación de la opinión y las identidades para reevaluar el derrotero central del proceso de modernización del Ecuador. Si este sofisticado diseño metodológico arroja hallazgos fundamentales en la escritura histórica ecuatoriana, tan productivo como aprender de ello será para el lector entrar en el debate que exige la hipótesis de Guillermo Bustos respecto de la primacía del discurso conservador en la formación de la idea de nación y las identidades nacionales en el país.

La correspondencia entre esta brillante historia cultural y el debate aún en curso sobre el carácter de la formación nacional y del Estado en el proceso político ecuatoriano requiere mayor examen. Para el caso ecuatoriano, esta empresa exige establecer una correlación entre el proceso cultural que le ocupa y el carácter del “problema nacional” como problema social y político clásico en la historiografía comparada de América Latina. Este proceso no se deja atrapar fácilmente por la historia de la delimitación de los campos del saber y las instituciones culturales.

Los nacionalismos son antagónicos en una sociedad en la que se forman identidades regionales, partidistas y relaciones de conflicto que son también disputas por el significado de la nación, pertenencias y exclusiones. Como lo demuestra Bustos, la batalla cultural fue una batalla instituyente, pero ¿instituye campos desde los cuales el conflicto continúa o logra cerrar el ciclo de disputa por lo nacional? Podemos hablar de ciclos de acumulación contradictorios y de la memoria de distintas apuestas por lo nacional, que se anclan en distintos campos discursivos con métodos específicos de interpelación.

Guillermo Bustos ha puesto alta la vara para una posible pero indispensable respuesta a su hipótesis que realza el peso del conservadurismo y su éxito historiográfico como factores predominantes en la constitución del imaginario nacional. Este dilema no puede ser resuelto por un solo libro, sin embargo, tenemos en este estudio un nuevo punto de partida exigente para la historiografía ecuatoriana. Solo el diálogo entre investigaciones suscitado por esta obra permitirá revitalizar el debate sobre el problema nacional e identificar los escenarios en los que se produjeron versiones alternativas de esta identidad dentro de la contienda política.